

De alquimistas y utopías: meditaciones de un alquimista medieval

ALEJANDRO BONILLA CASTRO

*A mis padres, Lorena y Enrique. Y a Ericka Gólcher,
quien impulsó desde la historia la redacción de este cuento.*

La alquimia, disciplina más esotérica que científica, no conoce con precisión su lugar de origen ni quién la inició. A la fecha, se le atribuye a un rey prefaraónico, llamado Hermes Trismegisto, y en especial todo lo relacionado con los primeros tratados de alquimia y la famosa *Tabla Esmeraldina*, esculpida con diamantes y que según la leyenda fue encontrada junto a la tumba de este rey bajo la pirámide de Gizeh por los soldados de Alejandro Magno. A la alquimia se le conoce también como *arte hermético*, en honor a Hermes Trismegisto.

Por otra parte, en países como la China los textos antiguos como el *Tao* ya hacían mención de la transmutación de los metales y la medicina de la vida. Se conoce también que los emperadores chinos buscaron sin descanso el elixir de la vida eterna y muchos murieron en su intento de encontrarlo o al beber sustancias tóxicas como el mercurio. El arte hermético entró a Europa gracias a las escuelas bizantinas. Este conocimiento fue traído desde Alejandría cerca del siglo V d. C. donde fue cultivado por los egipcios y posteriormente por los árabes. Fue entonces cuando hace su aparición el gran alquimista Yabir Ibn Hayyan (Geber), quien explicó por medio de sus estudios la preparación del ácido nítrico, el agua regia¹ y otros compuestos químicos que en el siglo VII d. C. eran toda una revelación.² Posteriormente, fueron las universidades y los monasterios los que dieron acogida a los mejores alquimistas de la Edad Media: Raimundo Lulio, Alberto Magno, Nicolás Flamel, Basilio Valentín y Santo Tomás de Aquino.³

A pesar de que la alquimia nació principalmente en el seno de la Iglesia Católica Romana y de Oriente, sufrió una rigurosa persecución, debido a las grandes conexiones con la astrología y otras ciencias paganas. Por otra parte, la alquimia buscaba realmente la fabricación de la medicina de la vida, contrario a la creencia de que el único fin del arte hermético era la transmutación de los metales por medio de la Piedra Filosofal.

La temática de esta narración en la forma de un diario será el proceso de enseñanza de un alquimista y la creación de la Piedra Filosofal. El relato, asimismo, incluirá otros acontecimientos históricos que la ambientan y otros aspectos relacionados con la vida cotidiana de la Alta Edad Media, con énfasis en la alimentación, costumbres y vida social de la época.

Sucede que el 31 de diciembre de 1412, inicio mis anotaciones en este diario. Nunca había hecho uno, pero mi próxima partida hacia Francia me lo exige. Me siento extraño al pensar en mi viaje. Quizás es el miedo de salir de esta bella Cataluña en la que crecí y de la que nunca creí partir. Bueno, aunque este viaje no sería posible si no fuera por la intervención del abad que me recomendó ir a terminar mis estudios en la gran universidad de La Sorbona.⁴ El ser novicio no mermó mi amor a la medicina y aunque la biblioteca del monasterio tenía gran cantidad de libros acerca de este tema, mi educación sería mucho mejor si me instruyera un maestro de esa universidad. Los monjes siempre se asombraron conmigo, porque siendo muy pequeño aprendí a leer y a escribir latín, griego y castellano. Eso es algo que no se ve mucho en estos días. Ahora mi poco conocimiento de la medicina se lo debo al hermano Balthazar, quien siempre fue un personaje extraño. Su celda estaba llena de libros con portadas extravagantes y exóticos artilugios que aunque me llamaban mucho la atención, nunca osé a preguntar sus temáticas o funciones.

Mi última cena en el monasterio me trajo muchos recuerdos, además de cierta melancolía al tener que dejarlo para iniciar una nueva vida. Escuché a los monjes por última vez rezando en el oficio de *completas*, y a la *Escolanía*⁵, quienes con sus voces angelicales, clamaban al cielo por la redención del hombre y la venida pronta de Jesucristo. Como no pude dormir me dediqué a revisar que mi avituallamiento estuviera completo y así estar lo suficientemente preparado para los designios de la Divina Providencia.

Mientras pasaban las horas y la llama de la lámpara ardía vigorosamente, repasaba cada momento de mi infancia en este monasterio. Podía recordar los juegos en el campanario, mis quehaceres en la huerta y las largas horas de estudio en el *scriptorium*.⁶ Pero no podía recordar a mis padres, ni los primeros cinco años de mi infancia. Mi único vínculo con ellos era el anillo de mi padre: de oro y plata, con un topacio y una hermosa águila tallada en la piedra preciosa. Y así, mirando mi anillo, concilié el sueño.

Viernes 8 de enero de 1413

El viaje desde el monasterio de Montserrat hasta Barcelona estuvo lleno de nostalgia. Cada vez que subía una colina volvía a ver mi hogar, siempre imponente en las serranías. Es quizás una de las construcciones más grandes que posee Cataluña, además de ser un centro de peregrinación muy visitado.⁷ Era increíble ver la cantidad de peregrinos que encontré en el camino: muchos caminaban con el rostro bajo y orando; pero otros reían a carcajadas, bebían licor y maldecían cada dificultad que se les presentaba, aunque fuera una pequeña piedra dentro

del calzado. Había muchos monjes que recitaban versos de las Revelaciones del Apóstol⁸ a los viajeros. Muchos de ellos lloraban desconsoladamente por el peso de sus pecados, se abrazaban mutuamente u oraban con gran convicción pidiendo el perdón al Santísimo Dios.

Estaba el Sol en el cenit, cuando arribé a Barcelona: llena de mercaderes y con un espíritu humano siempre cálido. Me hospedé en una posada cerca de las afueras de la ciudad, para que no me fuese tan difícil retomar mi camino. Al llegar, cruzó por mi mente la ruta que debía de seguir hasta Francia; creo que será la vía comercial y de peregrinaje que se adentra en los Pirineos y que sigue luego hacia el norte, tomando la vía de *Notre Dame* de Rocamadour, siguiendo hasta el Monte de San Miguel y, finalmente de cara al oriente, hacia París. He revisado mi provisión de papel y pude ver que no tengo lo suficiente, por lo que tendré que escribir solamente lo más importante de mi viaje. Cerca de *completas*, bajé a la taberna a tomar la cena, que aunque fue un poco sencilla –sólo algo de pan, queso y vino– me supo exquisita. El velo oscuro de la noche era rasgado por la tenue luz de una bella luna creciente que empezaba a asomarse entre las cumbres en la lejanía. Las estrellas tímidamente se escondían entre las nubes, mientras que la luz de la vela iluminaba el aposento, muy acogedor y apto para el buen sueño, pero no será igual dormir aquí que en mi cómoda celda. ¡Cómo extraño el monasterio!

Viernes 22 de enero de 1413

Mi larga jornada desde Barcelona me ha dejado exhausto. Durante casi toda la travesía tuve que dormir en el despoblado, ya que nunca manejé muy bien el tiempo y cuando anochecía, siempre me encontraba a campo traviesa. Mi provisión de alimentos alcanzó lo suficiente, aunque casi llegando a Causse no hacía más que comer pan añejo. También me pude hacer de un poco de carne y pescado durante el trayecto, gracias más que todo a los comerciantes ambulantes que encontré durante el camino.⁹ Ahora me encuentro en Rocamadour, un pueblito ubicado en Causse, cerca de los Pirineos. Como es un pueblo ubicado en una ruta de comercio y peregrinación, está lleno de posadas y mercados, todo a la sombra del castillo que se encuentra en la colina. Es uno de los parajes más bellos que yo haya visto: un valle fértil, protegido por un sinnúmero de colinas, también verdes. Su aire es fresco, tranquilizante y las aguas del río Alzou son tan cristalinas como un espejo. Si no tuviera que ir a París, creo que me quedaría aquí para siempre.

Cuando llegué a la posada, la taberna¹⁰ estaba repleta de viajeros y peregrinos de todos los lugares de Francia y de otros cuyo nombre no supe pronunciar. La mayoría iba a Santiago de Compostela, pero había algunos que venían a visitar el Santuario de *Notre Dame* de Rocamadour que, por lo que supe, es similar a Montserrat en cuanto a su ubicación –al amparo de una serranía– y por la imagen de la Virgen que alberga.¹¹ Me hubiera gustado ir a rezar el rosario en acción de gracias, pero tengo únicamente dos días para partir hacia San Miguel, ya que

la cátedra inicia en marzo. Lo único que haré será ir a buscar mi avituallamiento y a descansar, ya que me espera nuevamente una larga jornada. No será hasta llegar a París cuando encuentre reposo.

Viernes 19 de febrero de 1413

El aire marítimo es tan fresco como me lo imaginé; ver el alba y el sol poniente es un espectáculo bellísimo. Dejé atrás los caminos empedrados, las ciénagas y los bosques por la arena, suave alfombra de pequeños cristales y conchitas, que a la luz del sol resplandecen como pequeñas estrellas empotradas en la tierra. Mis pies descalzos, acariciados por el agua fría del mar, dejaban huellas profundas en la arena y de inmediato desaparecían debajo de una ola traviesa que besaba la playa. Muchos cangrejos y gaviotas luchaban entre sí, especialmente los primeros que eran las presas de tan singulares aves y que escapaban para refugiarse en sus pequeñas cuevas y dejar únicamente a la vista sus ojillos temerosos. El viento salado y frío muchas veces me hizo abrigarme, a pesar de que el sol, tímidamente, infundía su calor en la playa. Y allí, como atalaya de la divina gracia, coronando alto en la bahía, se encontraba la gran catedral de San Miguel Arcángel¹², que quizás es una de las más bellas construcciones de esta tierra. Mi ruta continuó sin mayores contratiempos, aunque saliendo de Causse mi calzado se rompió y tuve que regresar al pueblo a buscar un zapatero que, por cierto, era también carnicero. Gracias al Señor, el trabajo solamente duró un par de días, porque de lo contrario no hubiera llegado a tiempo a San Miguel. De hecho, solamente faltan quince días para que inicie la cátedra, por lo que me veré en la necesidad de gastar mis ahorros en un caballo. Menos mal que vine preparado para cualquier contratiempo. ¡En hora buena!, casi olvido que el abad me dio una carta para su hermano, quien vive en París, donde le solicita me asista con dinero en caso de necesitarlo. ¡Gracias, Señor, porque siempre me permites salir adelante!

Hoy pasaré la noche en la playa y mañana iré al pueblo. Nuevamente, tendré a las estrellas como compañeras.

Sábado 20 de febrero de 1413

Cuando arribé a San Miguel, había una gran conmoción en el pueblo. Pregunté a un villano¹³ que pasaba y me dijo: “La Santa Inquisición va a ejecutar a un hereje, a un tal Johannes Tountoul; tiene fama de invocador del diablo y habla de vida eterna en la Tierra. Le llamaban *El Fraguador*. El personaje del que hablaba el villano al parecer buscaba la *panacea*: capaz de curar toda enfermedad y de brindar la vida eterna, pero que luego las autoridades vedaron por sus métodos, relacionados con artes paganas y magia negra.

Unas horas más tarde, la hoguera se mantenía aún humeante. Me acerqué, como atraído por una fuerza extraña, pero mesmerizante. Pude notar que usaron sus libros para avivar el fuego, algo que me enfureció. Entre los restos de paja y

libros quemados, noté que uno de los textos había sobrevivido. Sin pensarlo dos veces lo tomé y lo escondí en mis alforjas. Creo que Dios me llevó ahí, para evitar que parte del conocimiento que cultivó ese hombre no se perdiera por completo. No obstante, sentí un mal presentimiento por esta acción, ya que observé que figuras con capuchas negras me miraban con gran atención, especialmente una alta y delgada que se escondía entre las sombras del templo y que de un momento a otro, desapareció junto con la de sus iguales.

Después de este extraño incidente y percatado de que no me siguieran, fui a comprar un caballo, pero como no llevaba el suficiente dinero, mi benefactor solamente me lo alquiló con la condición de que al llegar a París se lo entregara a un hombre llamado François Gillet, dueño legítimo del equino. No puedo quedarme un día más y creo que hoy también tendré que dormir en el despoblado, pero por lo menos esta vez no voy solo, ya que *Orfeo*¹⁴ me acompaña, nombre que le di al caballo. Cuando cabalgaba, sus crines negras como el ébano se movían como el pasto del Causse cuando el viento soplaba; su respiración y el golpe de los cascos en la tierra eran los únicos sonidos que podía oír en la noche, amenizados muchas veces con el latir de mi corazón. La tranquilidad y la luna menguante que se cernía en el horizonte hacían de mi travesía a París una experiencia mágica. En las altas horas de la noche, mientras desensillaba a mi caballo y prendía una fogata, el susurro de la brisa se convertía en un sonido fantasmagórico al mover las ramas de los álamos que poblaban el bosque y la orilla del camino. Juegos de sombras y los tenues rayos de luz que se filtraban hasta el suelo muchas veces sobresaltaban a Orfeo, a quien tenía que calmar acariciando su nariz y su cuello, mientras cantaba una canción de cuna, que era uno de los pocos recuerdos de mi madre. A lo lejos y entre las ramas, la canción era acompañada por los búhos quienes con sus ojos amarillos y brillantes nos observaban tímidamente. Conforme avanzaban los minutos y Orfeo se tranquilizaba, me alejé un poco para buscar un sitio entre los árboles, y en mi soledad oré a Dios de esta forma:

*Dominus illuminatio mea et salus mea; quem timebo?
Dominus protector vitae meae; a quo trepidabo?
Dum appropiant super me nocentes,
ut edant carnes meas;
qui tribulant me et inimici mei,
ipsi infirmati sunt et ceciderunt.
Si consistant adversum me castra,
non timebit cor meum;
si exurgat adversum me proelium, in hoc ego sperabo.*¹⁵

Martes 2 de marzo de 1413

Gracias a Dios Altísimo, hoy arribé a París. Durante el viaje, pasaron por mi mente todas las penurias que pude haber sufrido, pero la intercesión de la Virgen Santísima me protegió siempre. Crucé las puertas de la ciudad y ya

dentro de París se mostró ante mis ojos un espectáculo sin igual: cientos de personas en las calles, hablando, riendo y discutiendo; soldados patrullando las alamedas; algunos mercaderes vendiendo sus productos y, en los rincones más oscuros, mendigos y ladronzuelos peleando por la última hogaza de pan o el último trago de vino. Las campanas de la catedral de *Notre Dame* daban la hora *sexta* en el momento en que atravesé el río Sena, en busca del hogar de maese François. Al llegar a su casa, éste me dijo que podía conservar a Orfeo mientras estuviera en París, algo que agradecí mucho.

Me dirigí posteriormente a La Sorbona. *Alma Mater* como nunca me la hubiera imaginado: repleta de hombres eruditos, paseando en los alrededores, hablando de teología, filosofía, medicina, matemática y astronomía. También observé a algunos sacerdotes y monjes, que supongo son los maestros. Menos mal que pude convenir con el director de medicina mi entrada a la cátedra para iniciar lo más pronto posible. Mi residencia se encuentra en la posada del hermano del abad de Montserrat, llamado maese Bernard, al cual le entregué la carta que tenía en posesión. Por lo que pude ver en su rostro, no fue de su beneplácito el que tuviera que prestarme dinero, pero aun así me dijo que se haría cargo de mi manutención, según los deseos de su hermano. Un hombre realmente bueno era maese Bernard, aunque muchas veces su sonrisa torcida y sus dientes podridos opacaban mucho de esa personalidad. Siempre iba y venía, atendiendo a cada uno de los huéspedes que bajaban a la taberna a beber cerveza en grandes jarros y vino barato de muy mal sabor, o a los viajeros que se acercaban a descansar y a comer los guisos de carne que eran muy famosos en la ciudad. Peleaba con sus ayudantes, que muchas veces eran perezosos y lentos en el servicio, pero trataba siempre de coquetear con las meseras y las cocineras bajo su mando, muchas veces de forma muy vulgar, pero lleno de picardía. Cerca de la hora *nona*, fui al mercado a abastecerme de papel, ya que solamente quedaban en mi diario dos hojas. Ahora es de noche, encontré en mis alforjas el libro de aquel *Fraguador*. Le quité un poco la ceniza que tenía sobre la cubierta y noté que más que un libro, parecía el diario de un tal Basilio Valentín. Aunque lo leí un poco, no pude entender lo que decía: hablaba de un mercurio filosófico, un Fuego Secreto, el Sol, la Luna, los planetas. Es algo muy extraño, y hasta cierto punto perverso, por la cantidad de grabados paganos que posee. Es necesario que adjunte un grabado de su portada en mi diario, pero eso es algo que haré dentro de los próximos días.

Jueves 4 de marzo de 1413

¡Hoy fue el día más bizarro de mi vida! La ciudad se despertó inquieta y hasta *sexta* los disturbios fueron la norma. Por esto, toda actividad en La Sorbona fue impedida, por lo que me retiré a la ribera del Sena a ojear un poco el libro del *Fraguador* y a copiar el grabado de su portada. Después me dediqué a leerlo con más cuidado y mientras lo hice cubrí su portada para que nadie sospechara de su contenido. Sin embargo, un hombre pareció reconocer la portada. Su nombre es Hermes Kissane, sin duda normando por su apellido, quien se acercó a mi lado y me preguntó: “¿Te

interesa el arte hermético?” Yo le contesté que no sabía a qué se refería. En seguida me entregó unas señas escritas en un trozo de papel –posiblemente para poder encontrar su casa– y sin decirme nada se retiró. Fue algo muy extraño, pero no dudé en seguir a ese misterioso hombre. Monté sobre Orfeo muy sigilosamente, hasta llegar a una casa, un pequeño *château* donde maese Kissane me esperaba y al estar a su lado, me dijo: “Cuando el alumno está listo, el maestro aparece. Te espero mañana, aquí mismo. No faltes si quieres hacer de tu medicina una noble práctica”. Dicho esto se retiró, cerrando detrás de sí los grandes portones de su casa.

Cuando volví a la posada, supe que de una manera u otra tenía que volver a ese extraño lugar para encontrar las respuestas a todas mis interrogantes: ¿Qué es el arte hermético? ¿Qué significa la medicina definitiva? ¿Quién es este Basilio Valentín, cuyo libro le costó la vida a un *Fraguador* por leerlo? Esto es algo que debo saber, sin falta, mañana.

Viernes 5 de marzo de 1413

Como era de esperarse, no asistí a La Sorbona. En mi mente sólo había lugar para los misterios que rodeaban a maese Kissane y el libro de Basilio Valentín. Cuando llegué al *château*, pude ver que alguien me esperaba en la puerta, una joven. No le pregunté su nombre, y aunque su mera presencia era igual de inquietante que la de maese Kissane, no pude dejar de notar su belleza. La joven me llevó a una gran sala, donde esperamos a que llegara el anfitrión. Al instante, maese Kissane apareció y se acercó hacia nosotros con una gran sonrisa. Al llegar a mi lado me preguntó: “¿Cuál es tu nombre?” “Joastin de Montserrat”, le dije mientras bajaba mi cabeza en señal de respeto hacia él. Me respondió de la misma manera y agregó: “Ella es mi hija, Marianne.” La dama hizo una reverencia en señal de saludo y le devolví la cortesía tal y como lo hice con su padre. Después de esto, maese Kissane me indicó que le siguiera. Obedecí sin titubeos, pero mientras me alejaba pude ver a Marianne que sola permaneció en el salón.

El *château* era enorme, a pesar de lo pequeño que se veía desde afuera. Maese Kissane me hizo pasar por enormes corredores, todos adornados con esculturas y columnas decoradas con animales extraordinarios que a más de un escritor hubiera inspirado para sus fábulas: figuras caninas con cuernos y leones con alas y colas de escorpión, eran de las más recurrentes. “Son *quimeras* –dijo maese Kissane–, las guardianas del arte hermético; puedes pensar que son como las esfinges de Egipto, que cuidan las tumbas de los antiguos faraones.”¹⁶

Al final del pasillo había un enorme espejo. Maese Kissane recitó una frase muy extraña en latín, a la cual no le encontré ningún significado: “*Visitetis Interiora Terrae Rectificando Invenietis Occultum Lapidem Veram Medicinam*”.¹⁷ Al decir esto, el espejo dejó ver como por arte de magia un pasadizo secreto que llevaba a las entrañas de la casa. Bajamos un sinnúmero de escaleras y cuando llegamos, me encontré ante el laboratorio más grande que yo hubiese visto en mi vida. Mientras recorría este misterioso lugar, pude observar maravillas indescriptibles: el techo del laboratorio era una réplica

exacta del cielo estrellado en primavera. Cada constelación se encontraba ahí, enmarcada dentro de un dibujo que representaba su forma. La Osa Mayor, Dragón, Hércules, Cassiopeia, Perseo, Aries, Tauro, Orión eran de las tantas que se encontraban ahí y pude identificar fácilmente. Las galerías estaban repletas de libros, biblioteca sin igual, cuyos estantes tocaban el mismo “cielo”. Muchos de estos libros trataban sobre astronomía y pude ver algunos títulos como *El libro de las estrellas fijas* de Abd al-Rahman al Sufi y el *Almagesto* de Ptolomeo, ambos en su idioma original, verdaderas joyas. Las paredes y las columnas estaban decoradas con grandes figuras, como el sol, la luna, gárgolas, demonios, basiliscos, quimeras y muchas aves. Extrañamente, pude ver en una columna el símbolo de un águila, muy desgastado, la cual descansaba sobre una piedra envuelta en destellos de luz. El águila era muy similar a la que tenía en mi anillo y mientras comparaba ambas figuras, noté que maese Kissane me miraba con atención. La sala donde estaban los instrumentos era enorme y pude reconocer algunos que me hicieron recordar al pequeño laboratorio que tenían el hermano Balthazar y el hermano Alberto, el herbolario del monasterio. Mis dudas acerca del comportamiento de Balthazar con los otros monjes, sus salidas a altas horas de la noche hacia la biblioteca y el laboratorio, fueron disipadas con lo que tenía frente a mis ojos y comprendí inmediatamente que Balthazar y Alberto eran seguidores fervientes del arte hermético.

Mientras contemplaba las grandezas de ese mundo mágico y subterráneo, maese Kissane me dijo: “Este es el laboratorio del *alquimista*. De ahora en adelante, será tu centro de enseñanza ya que has sido tocado por la gracia de Dios para seguir el magisterio”. Después de decir esto, se acercó, me dio un abrazo y me dijo al oído: “De ahora en adelante serás un *adepto*.¹⁸ Te haré saber todo lo que hay tras el arte hermético y cuando estés listo podrás continuar con mis trabajos. Serás heredero de mis conocimientos y podrás hacer con ellos lo que deseas, siempre y cuando no los uses en contra de ningún ser humano. Éste debe ser tu juramento desde hoy.” Quedé impactado con esa afirmación, no pude responder inmediatamente, pero luego le dije que no podía aprender ese arte, que mi esfuerzo y mi tiempo eran exclusivamente de la medicina. A estas palabras, maese Kissane se acercó y me respondió: “Cuando seas capaz de crear la Piedra Filosofal, no habrá medicina en la Tierra que se le compare. Pero hablaremos de eso en el momento oportuno. Marianne te enseñará el camino de la salida. Hasta entonces, Joastin. Dios te acompañe”. Dicho esto, desapareció entre los estantes del laboratorio. Cuando subí al piso superior, Marianne permanecía aún en el salón. Me llevó hasta la salida, donde Orfeo se encontraba listo y ensillado; al tiempo que monté sobre su lomo, un sirviente abrió los portones. Mientras caminaba hacia el ocaso, mi pensamiento se había quedado en la imagen de la hija del alquimista.

Jueves 18 de marzo de 1413

Durante dos semanas no pude pensar en otra cosa más que en la alquimia y Marianne. La cátedra de medicina no era tan apasionante como escuchar de lo

primero o ver lo segundo. Sin embargo, como era de esperarse nuevamente, no fui a clases este día, sino que me desvié nuevamente hacia la casa de mi maestro para continuar con el magisterio. Nuevamente Marianne estaba esperándome a las afueras del *château*. Ella me llevó al laboratorio, pero esta vez no se fue, sino que ayudó al alquimista con sus trabajos. Mi ahora maestro se volvió y me dijo: “Mi hija, Marianne, es alquimista, igual que yo. Sus conocimientos en astrología y astronomía¹⁹ me han ayudado mucho, además de que recuerda cada palabra de los tratados alquímicos. Es mi discípula desde los 14 años y me ha acompañado estos seis años, desde que empecé con el magisterio.” Al decir esto, se dirigió a un rincón del laboratorio, en donde se encontraba una mesa sobre la cual descansaban varios libros y manuscritos. Se sentó en un extremo y me dijo: “¿Sabes cuál es la diferencia entre un *fraguador* y un *alquimista*?” Le respondí que no. Al escuchar mi respuesta, me dijo: “Los fraguadores son una secta de charlatanes, lunáticos, hechiceros, brujos maléficos, aojadores, truhanes y, sobre todo, estúpidos mancebos de apotecario que creen que usando cualquier elemento mineral o de origen animal, pueden alcanzar el máximo fin del *alquimista*: la Piedra Filosofal. El *alquimista*, por el contrario, tiene como amigos a la perseverancia y a la paciencia, además de que elige correctamente los elementos de su magisterio y su práctica la guarda con recelo”. Al oír su explicación, le hice saber a mi maestro el incidente con la Santa Inquisición y la condena de Johannes Tountoul.

Al escuchar todo el relato, maese Kissane respondió: “Es obvio que maese Tountoul era un alquimista, pero su arte le confirió otra fama que, claro está, le costó la vida. La Iglesia, por lo general, no mata a los alquimistas, pero sí les exige silencio en la divulgación de su magisterio. Es por eso que el arte hermético es tan poco conocido.²⁰ Además, el libro que hallaste en la hoguera nunca lo hubiera usado un fraguador. Me hubiera gustado evaluar el progreso del magisterio de Tountoul, pero ya no es posible. ¿Entiendes entonces la diferencia entre un alquimista y un fraguador?” Yo le respondí que sí. A esto me dijo: “No debes caer en los errores de un fraguador, ya que entonces tu magisterio no dará resultado. Antes bien: ten a la paciencia y a la perseverancia como tus fieles aliadas, ya que si no las acoges dentro de tu obra, tu tiempo y tu esfuerzo serán vanos.”

Durante el resto del día, mi maestro me introdujo en otra serie de conceptos, esta vez relacionados con la Piedra Filosofal: “El único fin de la Piedra es servir como puente para crear el elixir de la vida, la *panacea*. En su forma definitiva, la Piedra Filosofal es un cuerpo cristalino, rojo, sólido, denso y muy fusible, aun cuando sus propiedades permanezcan inalterables a cualquier temperatura, por lo que arde sin que se reduzca o se calcine totalmente. Algunos alquimistas creen que el mítico fuego de Prometeo²¹ es la fuente del poder de la Piedra Filosofal. Pero es solo un cuento de niños. De la Piedra se extrae el polvo de proyección, la *crisopeya*, que se usa para efectuar la transmutación de los metales, que se hace únicamente para comprobar que la Piedra funcione correctamente y pueda ser usada para crear la *panacea*. Y esto, en pocas palabras, es el magisterio de un alquimista.” Al decir esto, se sentó con una gran satisfacción en su silla, la cual tenía grabada en la madera el sol y la luna, los cuales parecían formar un solo astro. Yo me quedé en silencio, tan solo mirando mis alrededores, pero en ese

momento le conté a mi maestro el incidente con las figuras encapuchadas en San Miguel. Mientras relataba lo sucedido, el rostro de maese Kissane reflejó una gran tribulación y con una voz enérgica me dijo: “La alquimia siempre ha sido de interés para muchos: algunos con buenas intenciones, pero otros sirven a los objetivos del Maligno. Esas figuras encapuchadas revelan que Johannes Tountoul estuvo a punto de crear la Piedra Filosofal y estoy absolutamente seguro de que fueron ellas las que lo denunciaron al Santo Oficio para quedarse con los resultados de su obra. Esos *demonios* buscan a toda costa la Piedra Filosofal, pues es la que los mantiene con vida, a pesar de que solo el contacto con ella es mortal. Su fortaleza es su debilidad.”

Esta historia dejó una severa preocupación reflejada en mi rostro, pues temía que esos demonios me hubieran seguido hasta París. Sin embargo, mi maestro calmó mi desazón y me dijo que no me preocupara, ya que nadie sabía que él era un alquimista. De esta forma me despidió y yo subí las escaleras junto con Marianne, que se había retirado mientras hablaba con mi maestro en privado. Mientras salíamos y el sol se ocultaba en el occidente, ella me tomó de la mano y mirándome fijamente a los ojos me dijo: “Yo sé que tú terminarás la obra de mi padre; es extraño porque te conozco muy poco, pero puedo ver en tus ojos que tu corazón es digno y sólo aquellos que lo posean pueden encontrar la Piedra Filosofal. Eres un buen hombre, Joastin. Dios te acompañe. Adiós.” Al despedirse, rozó sus dedos con mi anillo, como si se tratara para ella de una especie de relicario, algún objeto de gran devoción. Estas palabras y su comportamiento se quedaron presentes durante toda la siguiente semana y poblaron mi mente de dudas.

Jueves 25 de marzo de 1413

Hoy, mi maestro me introdujo en la materia prima para realizar el magisterio. Pude notar que cuando él mencionó la materia prima, Marianne se hizo presente y estuvo a mi lado mientras hablaba su padre. Creo que su actitud tiene que ver con lo que me dijo la semana pasada, pero eso no puedo saberlo. Mi maestro expuso: “La materia prima es como su nombre lo indica, el nacimiento del magisterio. Sólo unos pocos han encontrado su verdadera naturaleza. Inclusive, hablan de ella como si el rico y el pobre la tuvieran y, sin embargo, no lo saben. Todos la conocen y todos la ignoran”. Pero de algo sí estamos seguros: se trata de un mineral sulfuroso, un mineral ordinario, al alcance de todos. A pesar de esto, el azufre contenido en el mineral debe ser eliminado completamente si se quiere asegurar el éxito del magisterio. La mayoría de los alquimistas concuerdan en que el famoso mineral es un *cinabrio*, o sea, el alma sulfurosa de un metal. Pero, ¿cuál metal? Eso se desconoce. Algunos creen que se encuentra en la argentita, la galena, la cogelita, el estaño, el oropimente, el zinc, la pirita, la estibina o el antimonio. Mas algo te debe quedar claro: el mineral se encuentra tanto en nosotros como en los vegetales y en los animales.”

En ese momento yo intervine y le pregunté por qué me enseñaba un arte tan exclusivo, pero no respondió. Yo volví a mirar a Marianne, pero bajó su mirada y

tampoco dijo nada. Ante el silencio tan profundo, y a la vez tan ensordecedor, mi maestro dijo: “¿Quieres cenar con nosotros? Ya es tarde y no creo que tu posadero te prepare no más que un poco de pan y vino”. Yo le respondí que me encantaría. Dicho esto, nos fuimos del laboratorio y me condujo al comedor, donde ya esperaban los sirvientes con los manjares. La comida fue indescriptible, lo mejor que he comido en estos tres meses, quizás en toda mi vida: había pan en abundancia, quesos frescos, cerezas, higos, uvas, pasas, castañas, miel, carne y pollos exquisitamente cocinados, pescado y vino del mejor.²² Cenamos como verdaderos reyes, lo que inmediatamente me formuló otra duda: ¿De dónde saca el alquimista tanto dinero? ¿Será que ya encontró la Piedra Filosofal? Sin embargo, no evacué mi duda enseguida, sino que me la guardé y esperaré el momento oportuno para plantársela a maese Kissane.

Sábado 3 de abril de 1413

Cada vez que asisto al magisterio, éste se vuelve mucho más apasionante. Conociendo que la base del magisterio es la materia prima, aquella que pocos conocen, mi maestro habló del otro elemento del magisterio: el Fuego Secreto. Ya en el libro de Basilio Valentín había leído un poco acerca de este Fuego, que irónicamente, no es fuego. Maese Kissane habló acerca de su naturaleza: “El Fuego Secreto es lo que se conoce como el catalizador del magisterio. El paso intermedio de convertir la materia prima en el mercurio filosófico, base de la Piedra Filosofal. A pesar de que muchos alquimistas niegan la existencia de este Fuego, debido a su fuerte convicción de que en el magisterio no interviene ninguna otra sustancia, salvo la contenida en la materia prima, es en verdad, falsa. La materia prima necesita de este Fuego Secreto para purificarse y así develar el mercurio filosófico. ¿Pero qué es este Fuego Secreto, al que le llaman “agua seca”, ese elemento que arde sin la intervención de una llama? Ya creo que tienes una noción acerca de ello, ¿no es así, Joastin?” Inmediatamente contesté afirmativamente. Mi maestro prosiguió: “Basilio Valentín habla acerca de este Fuego como una sal, a la que él llama “el agua que no moja las manos”. El Fuego Secreto es ciertamente una sal que se presenta a nuestra vista en forma cristalina, porque no moja las manos, y que se presta a la licuación porque puede transformarse en agua. Otros le han atribuido la denominación de sal pétrea, ya que no es ni un líquido ni un mercurio fluido. Es simplemente una sal, el *alembroth*. Y es gracias a este elemento que los alquimistas podemos extraer el mercurio filosófico, que proviene únicamente de la materia prima y solo mediante el Fuego Secreto es posible obtener este producto.” Al terminar de hablar mi maestro, el laboratorio nuevamente cayó en una atmósfera de silencio. El silencio era tal que podía escuchar a los sirvientes hablando en las alcobas del *château*, e incluso los pasos de las alimañas y ratas que siempre son huéspedes indeseables en cualquier hogar. No pude resistir la tentación y le pregunté a mi maestro: “¿Es usted un adepto también maese Kissane? Es decir, ¿ha encontrado usted la Piedra Filosofal?” Al decir esto, el alquimista se levantó de su silla

y me indicó que lo siguiera. Recorrimos casi todo el laboratorio, hasta llegar a una puerta que tenía tallada la imagen de un dragón alado, que se mordía la cola, al que llaman *Oroborus*.²³ Enseguida pronunció una nueva frase en latín, "*Tempus fugit*"²⁴, a lo cual la puerta se abrió. Dentro estaba una caja sellada. El alquimista se acercó a ella y le dijo: "Eres la primera persona que ve esto en más de dos siglos." Al oír dos siglos, retrocedí unos pasos ya que empecé a sospechar que había tratado estas semanas con un alma en pena. El alquimista sonrió y me dijo: "¿Qué te había dicho de la Piedra Filosofal? Que su fin principal era proveer la medicina definitiva, el elixir de la vida. Así que, ¿de qué te sorprendes? Yo, Hermes Kissane, soy uno de los pocos adeptos que han encontrado la Piedra Filosofal. Te he traído para que seas heredero de este supremo bien, para que lo multipliques." Marianne, que hasta el momento había permanecido en las sombras, salió bella y magnífica, con un hermoso candelabro en su mano izquierda y me dijo: "Mi padre ha luchado por más de dos siglos para reproducir la Piedra, pero su tiempo se acaba. Yo he intentado ayudarlo desde que era joven, pero mis esfuerzos han sido en vano y el elixir se reduce cada vez más, al igual que la vida de mi padre. Es por eso que te ha traído para que puedas realizar lo que él no ha podido." Yo no sabía qué decir. Me sentí impotente y extraño, al saber que he estado conviviendo con inmortales. Lo único que pude balbucear fue: "Marianne, ¿eres también una inmortal?" Me sonrió y me dijo: "No. Yo nací hace 20 años. Yo no he probado el elixir de la vida, más que todo porque siempre he sabido que es limitado." Debo confesar que fue algo tranquilizador. Maese Kissane me dijo: "Durante estos dos siglos me he sentido atado de brazos, ya que teniendo en mi poder la medicina definitiva, no he podido hacer uso correcto de ella. Todas las personas que murieron a causa de la peste²⁵ pudieron haberse salvado si hubiera multiplicado el elixir. Mas solo pude salvar a unos cuantos. Ahora me siento cansado y mi elixir se acaba. Es por eso que te he acogido como mi nuevo adepto para que puedas realizar lo que yo no pude."

Cuando salimos de la habitación y la puerta de *Oroborus* volvió a su lugar, me detuve un momento, en actitud reflexiva. Mi maestro me miró y se acercó, mientras Marianne sostenía aún el candelabro, cuya luz iluminaba el pasillo. "¿Te pasa algo, Joastin?", preguntó el alquimista. Yo le respondí: "Maestro, si usted pudo crear la Piedra Filosofal, ¿cómo es que ahora no puede hacerlo? ¿Fue acaso un golpe del azar?" Al oír esto, maese Kissane respondió: "Una vez, hace mucho tiempo yo tuve un hijo: Blaise. Fue un gran hombre, de gran inteligencia y con un gran corazón. También tenía una joven esposa, que se llamaba Josephine y ambos fueron grandes alquimistas. Trabajamos arduamente por más de 8 años para crear la Piedra Filosofal sin éxito, hasta que una desgracia, paradójicamente, se transformó en la bendición de nuestra obra. Blaise fue contagiado de lepra y su salud se quebrantó rápidamente. Aquel joven gallardo y lleno de vitalidad se transformó en un flaco y miserable despojo humano. Desfigurado totalmente, su corazón se llenó de odio y la única gota de felicidad era Josephine. Josephine y yo tratamos desesperadamente de crear la Piedra y así poder hacer la *panacea* que curaría a Blaise de su enfermedad, pero seguíamos fracasando. Sin embargo, una noche Josephine tomó la última fracción de mercurio aurífero, estado

incipiente de la Piedra Filosofal y se dirigió al lugar donde estaba enclaustrado mi hijo. Nunca supe qué pasó realmente, pero desperté asustado por los gritos de dolor de mi hijo que abrazaba, llorando, el cadáver de Josephine. En la mano de Josephine, estaba la Piedra Filosofal, cubierta de su sangre, por lo que supe inmediatamente que el alquimista y la Piedra Filosofal son uno y que la sangre de su creador es el último paso del magisterio.”

Mientras hablaba, sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no se detuvo: “La Piedra fue creada, pero a un gran precio. Blaise nunca más fue el mismo. Vivió en los senderos del odio, hasta que su oscuro corazón lo transformó en un *demonio*. Su piel se tornó grisácea, sus dientes se afilaron y los que eran ojos verdes color esmeralda, se transformaron en un amarillo sulfuroso. Se encerraba en su antiguo claustro y lloraba la muerte de su amada, sosteniendo en su mano el relicario que le regaló a Josephine cuando pidió su mano. Su odio tan temerario y su hambre de poder, hizo que lucháramos a muerte por la Piedra Filosofal, mas al tocarla sufrió una gran quemadura en su mano y le fue extraída casi toda su fuerza vital. Supongo que la Piedra, con su magnífico poder, hiere a los que tienen el veneno del odio en la sangre. Sus ojos me miraron con gran desprecio y juró vengarse por haber permitido que Josephine perdiera la vida. Nunca más lo volví a ver. Luego, en mi soledad, intenté recrear la Piedra Filosofal por mis propios medios, pero me fue imposible, a pesar de que en una ocasión casi muero por haber vertido demasiada sangre en el mercurio aurífero como último recurso. Mi único sustento, hasta este momento, ha sido la Piedra Filosofal que Josephine creó y es por eso que aún sigo con vida, hasta poder encontrar la forma de multiplicar su poder.”

La historia de mi maestro me conmovió realmente. Comprendí que ser alquimista conlleva grandes sacrificios. Mi egoísmo me mantuvo hasta ese momento ligado a la medicina, pero supe inmediatamente que mi destino estaba ligado a estas dos personas nobles, que buscaban por todas las formas posibles hacer de este mundo algo mejor. A partir de este momento, la decisión fue simple...

Martes 6 de abril de 1413

Al igual que los médicos, los alquimistas también tienen el poder de curar a la gente y es por eso que resolví dejar mis estudios en La Sorbona para dedicarme en alma y corazón al desarrollo del magisterio, no sin antes enviarle una carta al abad de Montserrat en agradecimiento por su gran ayuda. Pero Dios quiso, en su infinita misericordia y designio, que yo eligiera este nuevo camino. Esta vez no esperé toda la semana, me dirigí al *château* de mi maestro para así continuar por el sendero de la alquimia. Pero, esta vez las calles de París estaban más vacías de lo acostumbrado y muchos soldados circulaban en ellas. No atendí a lo que pasaba realmente y seguí mi camino hacia las afueras de la ciudad.

A la puerta me esperaba Marianne, como de costumbre. De nuevo me condujo al laboratorio, pero esta vez no estaba maese Kissane, sino solamente ella. Marianne me dijo: “Espero que estés listo para enfrentar tu destino como

alquimista. Lo que papá y yo te enseñamos son solamente los conocimientos básicos que necesitas para realizarlo, ya que la práctica exige mucho tiempo, tal y como lo verás. Mi padre está fuera de París, por lo que en estos días seré tu maestra.” Como su padre, tomó las riendas de mi enseñanza, pero debo decir que fue difícil poner atención a sus explicaciones. Cualquiera se distraería con su belleza y sus bellos ojos. Aún así, con gran esfuerzo y determinación volví mi atención a lo que ella decía.

Marianne continuó diciendo: “El magisterio, como la Piedra Filosofal, es la intervención de tres agentes, u obras, en este caso. Hoy citaré la primera, la cual es la preparación de la materia prima. En la primera obra, la materia prima debe ser sometida a una preparación preliminar, para eliminar toda impureza. A partir de ese momento, el mineral y el alquimista son uno, casi como algo mágico. Es el momento del influjo cósmico, en donde el alquimista se une por primera vez al Universo y forma parte de él gracias a este agente celestial. El carnero y el toro son los que indican el momento propicio del inicio del magisterio, y solamente en estos meses podemos iniciar ya que el influjo celeste se encuentra en el ambiente.”²⁶

Esta introducción fue casi como poesía celestial. No sabía que la alquimia estuviera tan ligada a la naturaleza. Ahora me es posible comprender por qué maese Kissane había elogiado la capacidad de Marianne de entablar una relación mágica con los astros y es que sin ellos, el alquimista no puede avanzar. Marianne caminó hacia una mesa donde se encontraba una serie de instrumentos y dijo: “Los materiales del magisterio se pueden reunir en siete: primero la materia prima, una provisión de rocío²⁷, un horno, un mortero de ágata, un crisol, matraces y retortas. La operación empieza pulverizando en el mortero la materia prima mezclada con el Fuego Secreto, para que luego sea purificado por el influjo celestial. Luego deberá pasar por tres disoluciones para extraer después un cuerpo más noble, esta vez el mercurio filosófico. Posteriormente se repite esta serie de pasos, para que el mercurio final sea el definitivo. Las disoluciones deben realizarse en el crisol, ya que el material puede causar graves quemaduras. Y así termina la primera obra.”

Antes de irme, Marianne me dijo: “La creación de la Piedra Filosofal es también la destrucción de dos cuerpos. Es lo que los alquimistas llamamos ‘intercambio equivalente’. Es la idea básica de la alquimia: para obtener la Piedra Filosofal, se debe estar dispuesto a perder algo del mismo valor, sin importar qué sea. Nunca olvides eso, Joastin. No lo olvides.”

Sábado 10 de abril de 1413

París se veía más agitado que de costumbre. Por todas las calles había al tercados en donde los soldados se veían involucrados, mientras que una turba de gente se reunía y gritaba como fieras. Pude llegar a la casa del alquimista con mucha dificultad y no exento de heridas, ya que una piedra pequeña me provocó una cortada en mi mejilla. Esta vez, Marianne no estaba en la puerta, lo que me

causó una cierta sorpresa, y miedo a la vez. Dejé a Orfeo y entré en la casa lo más rápido que pude. Cuando llegué al laboratorio, Marianne estaba reclinada al lado de lo que creí era su padre. Me acerqué y pude ver que en el transcurso de estos días, maese Kissane había envejecido muy rápidamente. Supongo que no tomar el elixir hace que su cuerpo se deteriore a gran velocidad por la edad. Cuando el alquimista volvió a ser el de antes, me hizo una seña para que me acercara; ya a su lado me dijo: “Lo último que quedaba del elixir y de la Piedra Filosofal, lo he consumido. Mi fin se acerca y por eso he de enseñarte los pasos finales del magisterio. He caminado por más de dos siglos y ahora no tengo tiempo. Vamos.” Tal y como las otros días, me llevó al laboratorio y empezó su discurso: “La segunda obra del magisterio se deriva en parte de la primera, ya que el mercurio filosófico obtenido en la primera obra debe ser expuesto a otra serie de disoluciones en *leche de Virgen*, que ya conoces como influjo celestial. Se reiteran ciertas operaciones de molienda, secado y lavado, siempre con el influjo astral y a la luz y calor del sol, hasta obtener una materia espesa, similar a un puré. Posteriormente se deja reposar la materia durante cinco horas, para que pueda ser sometida nuevamente al proceso anterior y asegurar de esta manera su pureza. Esa mezcla deberá reposar durante diez días en un lugar frío, en un recipiente cerrado. Pasados los diez días, debe ser repetido el proceso, para luego dejar nuevamente en reposo la solución durante cuarenta días, hasta que la misma se convierta en una especie de tierra negra: lo que llamamos *aire* o *ceniza*. Es de esta manera que se obtiene un nuevo mercurio filosófico, más puro y más compacto que el anterior. De este nuevo mercurio se extraerá un aceite inconsumible, llamado mercurio aurífero, el cual se dividirá en dos porciones iguales: uno, que se guardará dentro de un esmeril para efectuar las imbibiciones en los reinos de Marte y el Sol. El otro se dividirá en dos partes iguales nuevamente, de la cual una será sometida al mismo proceso, mientras que la otra será almacenada.”²⁸ Al terminar maese Kissane, Marianne tomó la palabra y dijo: “Como puedes ver, Joastin, el alquimista es precavido y guarda dos mitades de mercurio aurífero por si acaso en la tercera obra los materiales se degradan o sufren una transmutación indebida, tenga la posibilidad de empezar nuevamente sin necesidad de devolverse hasta la primera obra. Es en este paso en donde nos encontramos, pero no podemos pasar de ahí.” Guardé silencio. La segunda obra me pareció más complicada que la primera y creo que mi frustración se notó en mi rostro, ya que el alquimista me dijo: “No tengas dudas acerca de tus facultades. Piensas que el magisterio se debe realizar usando la mente, cuando en realidad lo que debes usar es tu corazón. Recuerda que en el momento de la obra, el Universo y tú son uno mismo, por lo que queda claro que nuestra obra no se sabe, se siente. Ahora debes irte, creo que es suficiente por hoy.”

El alquimista abandonó la habitación y quedé al lado de Marianne. Mientras empacaba, ella tomó mi mano dulcemente y me dijo llena de turbación y angustia: “Procura irte por los lugares más seguros de la ciudad. No circules despacio, ve lo más rápido que puedas y no te detengas hasta llegar a tu casa. Ten cuidado.” No comprendí el porqué de esa advertencia, pero no pasé mucho tiempo en esa ignorancia. Mientras cabalgaba por las calles de París, había un aire

lúgubre y maligno en la ciudad. Podía sentirlo en mis entrañas. Las campanas de la catedral ya no repicaban y las alegres voces de los mercaderes, juglares y saltimbanquis ya no se escuchaban en las calles. El mal se cernía sobre nosotros, pero ¿qué era? No podía saberlo. Las gárgolas parecían más malvadas y más terroríficas que de costumbre y por primera vez en mi vida, sentí como si Dios nos hubiera abandonado.

Al llegar a la posada, no encontré a nadie en ella. Estaba vacía y el fuego de la chimenea se encontraba apagado, al igual que las velas del salón. Todo estaba desordenado, era un caos. Subí a mi habitación tan rápido como pude, pues sentía que algo no andaba bien. Al abrir la puerta, la visión fue grotesca y diabólica: maese Bernard y muchos de los huéspedes estaban muertos, yacientes en el suelo, sobre muchos papeles ensangrentados. Sus rostros mostraban una impronta de terror, a pesar de que por las heridas murieron casi al instante. No dudé de que eso era una advertencia para mi maestro, Marianne y yo. No obstante, me puse de rodillas y recé al Señor por las almas de estos pobres desafortunados. Pero Dios no estaba en la habitación: diabólica fue la presencia que estaba en ese momento y que saltó por la ventana tan pronto me repuse. No pude ver su rostro, pero sus ojos amarillos jamás podré olvidarlos.

Martes 13 de abril de 1413

Mi vida cambió en estos tres días que pasaron. París se ve a lo lejos, como una llama incandescente en el horizonte. A mi lado yace Marianne, agotada del viaje tan fugaz que nos fue obligado a hacer. Orfeo también se encuentra agotado y yace en el césped al igual que *Aldebarán*²⁹, el caballo de Marianne. No puedo creer todavía lo que pasó y lo único que me hace recordarlo es la Piedra Filosofal que tengo en mis manos. Nunca olvidaré la mañana de ese 11 de abril...

La visión grotesca era indescriptible y no puedo escribir más de lo que ya he hecho. La figura espectral que saltó por la ventana me hizo tomar una espada que yacía al lado de uno de los cadáveres. Me la ceñí al cinturón y bajé rápidamente las escaleras. Debía volver al *château* y advertir a mi maestro y a Marianne del peligro. Mientras bajaba, escuché en la lejanía sonidos de cañones; gritos desgarradores que provenían de la ciudad resonaban por doquier. La palabra *Caboche*³⁰ estallaba como grito de guerra entre la multitud. Aún así, seguí bajando con determinación y al salir me encontré frente a frente con un jinete encapuchado, tan oscuro que se mezclaba en las sombras al igual que su caballo, cuyos ojos tenían el color del Flegetonte.³¹ Pero, inmediatamente mi temor se desvaneció al observar debajo de esa capucha el rostro de Marianne. Su caballo *Aldebarán* se mostraba gallardo al igual que mi caballo Orfeo, que se encontraba listo y ensillado. Marianne, exaltada, me dijo: “¡Debemos huir de la ciudad lo más pronto posible! Grandes problemas se avecinan y el ejército viene para acá. En el camino te diré los detalles. Mi padre nos está esperando en la Catedral. ¡Ven rápido!” Nuestra cabalgata fue rápida hasta llegar a la sombra de Notre Dame, iluminada por los débiles rayos del alba. Mi maestro estaba en las puertas

del templo, sosteniendo la caja donde se encontraba el mercurio aurífero de su obra. Tan rápido como pude desmonté de mi caballo, me acerqué a maese Kissane y me dijo: “Esto debes cuidarlo con tu vida. No debes dejar que los *demonios* se adueñen de él.” Yo le respondí, muy exaltado: “¿Qué dices? ¿De qué hablas... no vas a venir con nosotros?”

En ese momento, Marianne exclamó alarmada: “¡Ahí vienen!” Se oyó un disparo y luego un silencio. Cuando me percaté, mi maestro se postró de rodillas, con una herida en su abdomen. La caja cayó al suelo con un sonido metálico y la sangre del alquimista la cubrió por completo, ya que su herida sangraba profusamente. Traté de ayudarlo, pero se negó y me dijo: “¡Vete ya...!” En ese momento se puso de pie y empuñó la espada que ceñía en su cinturón y me dijo: “Hay un pasaje secreto dentro del templo que lleva más allá del río. ¡Toma esa ruta y huye con mi Marianne! No dejes que esta desgracia los alcance a ambos. Yo protegeré la entrada lo mejor que pueda.” Marianne con lágrimas en sus ojos, entró en la catedral mientras que yo tomé a Orfeo y me escondí detrás de las puertas del templo, justamente en el momento en que 11 figuras encapuchadas subían las escalinatas del atrio. Mi corazón latía muy rápidamente y sentía que me asfixiaba, cuando oí a mi maestro gritar: “¡Atrás *demonios!*” En ese instante me asomé por una de las rendijas y observé a la misma figura que había saltado de la ventana de mi cuarto, que sostenía en su mano un cañón en miniatura, artefacto extraordinario y a la vez maléfico, que no dejaba de apuntar hacia la cabeza de mi maestro. Hubo un silencio, pero al fin, la figura habló con una voz de ultratumba:

– Nos volvemos a ver... padre. Ha pasado tiempo.

– Así es, hijo mío ¿Cuánto ha sido? ¿Ciento cincuenta años, tal vez?

– Unos años más unos años menos, ¿qué importa? He venido a que me devuelvas lo que me pertenece. He venido por la Piedra Filosofal de Josephine.

– Esa Piedra ya no existe.

– ¿Qué dices? Esa Piedra y su elixir eran míos por derecho. Pero, descuida. Sé que has creado un mercurio aurífero potencial. Dámelo y en agradecimiento te reduciré la agonía.

– Has vivido, Blaise, de la sangre y el sudor de otros. ¿A cuántos alquimistas has matado en este tiempo? ¿A cinco, quizás diez? ¿En qué te has convertido, hijo mío? Esto no lo hubiera deseado Josephine, que dio su vida a cambio de tu salvación. Sé que el último alquimista que asesinaste fue a Tountoul en San Miguel. Y por eso seguiste a mi discípulo hasta París pues él encontró el libro de las doce claves que necesitabas para crear la Piedra y ya aquí me encontraste.”

– Tountoul fue imprudente. Yo solamente entregué a un hereje a las autoridades. Yo no lo maté.

– No intentes ocultar la verdad, Blaise: eres un monstruo y tus pecados te llevarán a la ruina tarde o temprano.

– ¿En serio? ¿Y cuándo va a ser eso? ¿Cuando llegue el Reino de los Cielos? Jajajaja. Además ni tu hija ni tu famoso discípulo serán capaces de ponerme un dedo encima. Si se interponen en mi camino, serán como ovejas al matadero. Nadie puede derrotarme mientras tenga a *Twilight*³² en mi poder, el arma más letal

que existe en el mundo. Tan solo piensa qué daño le puede hacer a una niña. ¿Te gustaría que mi media hermana sienta el dolor del que eres partícipe?

– ¡No te atrevas a lastimarla!

– Entonces dame el mercurio... Y le perdonaré la vida. Ahora que lo pienso, será un exquisito trofeo y mi sierva por la eternidad. Teniéndola a ella, no correré el riesgo de ser lastimado por la Piedra Filosofal. Tú permitiste que perdiera a Josephine y ahora tú perderás a tu hija. Considéranos a mano.

– ¡Estás ciego, Blaise! Josephine sacrificó su vida en su libre albedrío. Yo no tenía control sobre ella. Pero ahora son otros tiempos. Ahora tu sed de poder tiene sus días contados, porque el *Águila* es ahora dueña de la Piedra Filosofal...

– ¿El *Águila*, dices? ¡Estás delirando, anciano! Tu herida definitivamente te ha nublado la mente.

– Ya lo verás, Blaise...

No pude soportar el hecho de que mi maestro se encontrara al borde de la muerte. Cerré los ojos, desenvainé mi espada y salí a defenderlo. En ese momento, pude ver el rostro de ese demonio: era hermoso, viril, pero sus ojos amarillos encendidos y sus dientes afilados lo hacían convertirse en una visión maléfica. Un ángel caído, heraldo del caos y la peste. Al verme, la figura se echó para atrás y exclamó: “¡Tú! El supuesto discípulo de mi padre. Me has ahorrado la molestia de tener que buscarte para arrancarte de tus manos inertes el libro de las doce claves. Ahora dámelo, muchacho, y haré de tu muerte algo fugaz y sin dolor.” Mi maestro se repuso y me gritó: “¡Te dije que te fueras! Aún no es tu tiempo...” En ese momento, Blaise apuntó su arma hacia mí. Yo empuñé mi espada y corrí hacia él para cortar su brazo antes de que disparara. Todo fue muy fugaz. Cuando me percaté, mi maestro se encontraba entre Blaise y yo, con dos heridas en su pecho. Una bala atravesó su cuerpo e impactó en mi brazo izquierdo, que empezó a sangrar también. Ambos caímos al suelo. El dolor era insoportable, pero me acerqué a mi maestro, quien se hallaba agonizante. Tomé su mano y con gran esfuerzo me miró y me dijo: “Fue un honor haber vivido a tu lado. Te amé como si fueras mi hijo...” Me sonrió con gran esfuerzo, pero su gesto pronto se convirtió en una queja de dolor. Yo le dije: “Hermes, no puedes morir... ¡No! Maestro, no muera por favor, aún no.” No había derramado ninguna lágrima, pero tenía una atorazón en la garganta que me dificultaba la respiración. El brazo no lo sentía y la herida me atormentaba, como si dentro de ella se encontrara un fierro candente. Mi maestro aún luchaba por su vida, sosteniendo fuertemente mi otra mano. Su sangre corría entre las baldosas del atrio, escurriéndose entre los escalones más allá y perdiéndose su rastro entre las sombras del alba. Con gran esfuerzo, me miró nuevamente y dijo: “Cuida a Marianne. Sé feliz con ella y protégela. Ella es mi más grande tesoro y orgullo, más que esa tonta Piedra que vuelve locos a los hombres. Recuerda tu juramento, Joastin, y mira siempre con fe al futuro, ya que aunque la noche sea oscura y tenebrosa, el sol siempre saldrá. Les diré a tus padres que te has convertido en un hombre honorable... Dios te bendiga, mi amigo...” Y en ese momento, murió. Las lágrimas corrían por mis mejillas y me quedé petrificado. Mis piernas no se movían y no pude levantarme. Blaise le disparó

nuevamente a mi maestro y su sangre salpicó mi rostro. Sentí un gran vacío en mi alma. Perdí la noción del espacio y el tiempo y no me resistí cuando ese *demonio* me tomó del cuello. No tenía más fuerzas, ya no importaba nada más. Con una gran sonrisa de satisfacción, el monstruo me dijo: “No te desespere, alquimista. Compartirás el mismo destino que el anciano, pues es el castigo de oponerse a la voluntad de un *homúnculo*³³. Pronto cruzarás el río Aqueronte³⁴ y vagarás eternamente en la oscuridad del infierno.” Puso su arma en mi cabeza, pero en ese momento, la caja donde estaba el mercurio brilló con un rojo incandescente, una luz tan enceguedora como la misma del sol. El homúnculo me soltó y retrocedió con mucho esfuerzo, como si todo su cuerpo se encontrara en una gran agonía. Y en un instante, se desvaneció entre la oscuridad de los edificios.

Yo me repuse con una gran fuerza y observé que mi brazo no sangraba más. La caja donde estaba el mercurio despedía ahora una luz rojiza, pero muy tenue. Me acerqué a ella y la abrí, para encontrar dentro una piedra de color rojo, brillante como un rubí y que ardía con una llama en su interior. La tomé en mis manos, y a pesar de que podía sentir su calor, no me quemaba la mano. Esta era la Piedra Filosofal. Y comprendí en ese momento que la sangre del alquimista no es suficiente para iniciar la transmutación del mercurio, sino que es necesario que la sangre sea dada en sacrificio voluntario para salvar a otra persona. La Piedra y el alquimista, por el sacrificio de la vida de este último, son uno al fin. Es la culminación del magisterio, la tercera obra. Guardé la Piedra nuevamente en la caja y me acerqué al cadáver de mi maestro. Lo cubrí con mi capa y lo monté sobre el lomo de Orfeo. Al otro lado del templo, encontré a Marianne, quien al ver el cuerpo inerte de su padre, lloró desconsoladamente, pero tuvimos que emprender la huída puesto que la ciudad era en ese momento sitiada por el ejército real. Atravesamos el río a toda velocidad y salimos de la ciudad. En una colina, desde la que se observaba la ciudad en llamas, dimos santa sepultura al más grande alquimista que haya existido.

Jueves 5 de mayo de 1414

Ha pasado más de un año desde la muerte de mi maestro. Al abandonar París, nos dirigimos al Causse, la hermosa campiña de la que me enamoré en mi viaje desde Montserrat. Nuestra casa se encuentra cerca del río Alzou y estamos a menos de media legua del pueblo. Poco después de haber salido de París, supimos que la revolución *cabochienne* fue sofocada y la ciudad pacificada de nuevo. Marianne y yo tenemos planeado volver, pero aún no sabemos cuándo. Mientras tanto, la vida en el Causse es más que gratificante. La Piedra Filosofal nos permitió crear la *panacea* y ahora nos dedicamos a curar las enfermedades de los villanos, peregrinos y nobles que lleguen pidiendo socorro. Además de eso, los residuos de las transmutaciones nos han legado una gran fortuna en oro, por lo que hemos decidido regresar pronto a París y reconstruir el *château* Kissane, que con la rebelión fue completamente reducido a cenizas, según nos contaron los antiguos sirvientes de mi maestro, que durante este año nos visitaron.

La tranquilidad de nuestro hogar es a veces interrumpida en las noches por las pesadillas que tengo acerca del asesinato de mi maestro por el homúnculo. Me despierto muy agitado, bañado en sudor. Marianne me consuela cada vez que pasa esto. Me abraza y me canta una hermosa canción que hace reposar mi atribulada mente hasta que, por fin, caigo en su regazo rendido por el sueño. Cada vez que tengo pesadillas, la Piedra Filosofal, que ahora uso en un collar, brilla tenuemente, como reacción al mal que me acecha en sueños. Nunca más supe de Blaise ni de los otros diez *demonios* que nos siguieron hasta la catedral aquel día nefasto. Supongo que la Piedra Filosofal, en un intento por salvar mi vida, drenó la mayor parte de su fuerza vital, debilitándole permanentemente. Mas, un año después, no podía perdonarme no haber intentado salvar la vida mi maestro. Supongo que mi culpa es lo que mantiene latentes esos terribles delirios nocturnos.

Una noche desperté sofocado nuevamente por un mal sueño y salí de la casa a respirar aire fresco. La Piedra Filosofal ardía en su luz carmesí y me proporcionaba cierta tranquilidad en la oscura noche que me rodeaba. El viento era helado y soplabla enérgicamente, pero no importaba. Lo que necesitaba era estar solo, pensar y reflexionar. Minutos después, Marianne apareció y me abrazó por detrás, mientras me preguntaba “¿Qué haces aquí?” Yo le devolví su gesto con un beso, pero callé acerca de mis razones. “¿Son las pesadillas nuevamente?”, preguntó. Yo simplemente moví la cabeza en señal de afirmación, con la mirada puesta en el pasto iluminado tenuemente por la luz de la Piedra. Ella no dijo nada esta vez; tan solo recostó su cabeza en mi hombro y miraba las estrellas. Estuvimos varios minutos sin cruzar palabras. Luego, tomé con mi mano la Piedra y la miré fijamente, mientras le pregunté a Marianne “Mi maestro mencionó la palabra águila, cuando enfrentó a tu medio hermano. También noté vuestro interés en mi anillo, por lo que ambas cosas están relacionadas. ¿Qué significado tiene el águila para la alquimia?” Marianne miró hacia su dedo, donde ahora reposaba el anillo y mientras lo acariciaba me respondió: “El águila es la protectora de la Piedra Filosofal desde tiempos inmemoriales. Cada vez que una Piedra es creada, un paladín es asignado para custodiarla del mal y le es asignado un anillo de topacio que habla de su linaje, como el que me diste.” Yo miré el anillo también y le dije: “Yo arribé al monasterio de Montserrat muy pequeño. Los monjes me dijeron que mis padres habían muerto en manos de unos bandidos, pero eso no es cierto, ¿o me equivoco?” Marianne respondió: “Tus padres fueron elegidos por Basilio Valentín como las águilas de su magisterio. Poco antes de que cumplieras cinco años, Valentín contactó a mi padre y le solicitó que guardara una serie de manuscritos vitales para la consecución de la Piedra Filosofal, sin tener que recurrir al sacrificio del alquimista en la tercera obra. Eran doce claves, que solamente él y mi padre comprenderían. Sin embargo, un día antes de que mi padre llegara, Valentín fue atacado por Blaise y los homúnculos por lo que tus padres, en su deber, protegieron a toda costa a su maestro. Murieron a causa de los disparos del arma demoníaca de mi medio hermano, sin que pudieran defenderse o atacar. Tú y Valentín escaparon de la masacre, pero volvieron al día siguiente para dar santa sepultura a quienes con su vida, protegieron lo más sagrado: su hijo y el magisterio de su maestro. Mi padre arribó justo en

ese momento y mientras el alquimista oraba por el alma de sus amigos, te dio el anillo del Águila y sostuvo tu mano en ese aciago momento. Días después, Valentín le otorgó a mi padre el libro de las doce claves y le rogó que se lo enviara a Johannes Tountoul, ya que era muy peligroso que mi padre lo custodiara, puesto que Blaise había sido quien había ido en busca de ese tesoro. El libro fue entregado a Tountoul y tú fuiste enviado a Montserrat. Sin embargo, cuando llegaste a París, mi padre supo que era el momento de que te fuera otorgado el conocimiento del magisterio y pudieras alcanzar tu destino como águila y como alquimista.” Yo sonreía con gran felicidad, mas muchas lágrimas recorrían mis mejillas. Marianne me abrazó y me dijo “Te amo. Gracias por haber llegado a mi vida.” Abracé a Marianne y miré al cielo, al infinito espacio celestial, donde mis padres y mi maestro nos miran y cuidan por siempre.

Notas

- 1 El agua regia es una solución altamente corrosiva, formada a partir de la combinación entre el ácido nítrico concentrado y el ácido clorhídrico.
- 2 Es preciso recordar que la alquimia aportó el descubrimiento de varios compuestos químicos e instrumentos que actualmente son usados por la química.
- 3 La Suma Teológica o *Summa Theologiae* de Santo Tomás de Aquino incluía entre sus reflexiones algunos hechos alquímicos, como la conveniencia de averiguar si la venta de oro hermético era fraudulenta.
- 4 El antes llamado Collège de La Sorbonne fue fundado en 1257 por Robert de Sorbon, siendo uno de los primeros colegios significativos de la Universidad de París.
- 5 Coro de niños al servicio de la Virgen.
- 6 *Scriptorium* hace referencia al lugar en donde los monjes medievales se dedicaban con devoción a copiar manuscritos. Por lo general las bibliotecas de los monasterios medievales tenían un *scriptorium* adjunto.
- 7 El Abad Oliba fundó en el año 1025 el monasterio de Montserrat. En el siglo XII, fue erigida una nueva iglesia románica y la actual imagen de la Virgen. En 1223, se formó la primera Escolanía de cantores de voces blancas, la primera en Europa. Pasados doscientos años, el monasterio se convirtió en una Abadía independiente. El monasterio de Montserrat era uno de los sitios de peregrinaje más visitados durante la Alta Edad Media. La ruta que llevaba hacia el monasterio también conducía a otro sitio de peregrinaje muy famoso durante el Medievo: Santiago de Compostela. Barcelona estaba separada de Montserrat cerca de 9 leguas.
- 8 El libro del Apocalipsis.
- 9 Una de las formas comunes de obtener alimentos en la Alta Edad Media, aparte de los mercados en los feudos, era por medio de los mercaderes. Por lo general estos viajaban de pueblo en pueblo, ofreciendo alimentos como leche, melones, vino, pescado y vinagre, aunque había siempre problemas relacionados con su calidad y precio.
- 10 Las tabernas también eran centros de abastecimiento de alimentos muy importantes en la Edad Media. La variedad de sus productos variaba, según la facilidad de comercio en el lugar. Su función era la de albergar a los viajeros y peregrinos, aunque la mayoría de sus clientes eran hombres solteros de los alrededores.

- 11 La Virgen Negra de Rocamadour se ubicó en el actual monasterio, debido a los 126 milagros contabilizados y atribuidos a ella. La iglesia se ubicó en el lugar donde Amador, un habitante de Causse, fue enterrado. Años más tarde se exhumó el cuerpo, el cual estaba incorrupto.
- 12 A petición del Arcángel San Miguel, el obispo de Avranches, San Aubert, construyó y consagró una primera iglesia el 16 de octubre del 709. En el año 966, a petición del duque de Normandía, una comunidad de benedictinos se establece en el peñón. Durante ocho siglos no se detuvieron las obras para agrandar y embellecer la abadía, hasta tal punto que en el siglo XIII se le asignará el nombre de "Maravilla".
- 13 Villano: persona que vive en las villas. La connotación de este término, por ende no corresponde al actual, entendido como aquella persona que comete delitos o hace el mal.
- 14 Orfeo, de la mitología griega, fue hijo de Apolo y de la musa Calíope. Se le reconoció como un gran artista, poeta y músico. Cuando Orfeo tocaba su lira, las melodías eran reconfortantes y hacían descansar el alma de los más atribulados hombres. Su gran amor por Eurídice, lo hizo bajar hasta el reino de Hades, dios del Inframundo, para intentar resucitarla. Luchó contra *Cerberus*, guardián del Infierno, a quien durmió con su melodía.
- 15 Versión en latín del Salmo 27(26).
- 16 En la mitología griega, la quimera (del griego antiguo Χίμαιρα *Khimaira*) era un monstruo, hija de Tifón y de Equidna. Fue madre de la Esfinge y el León de Nemea que luchó contra Hércules. La quimera es sinónimo de lo fantasioso, de lo utópico. En el mito, el guerrero Belerofonte junto con Pegasus, el caballo alado, le dieron muerte a la quimera.
- 17 La frase en latín significa "Visitad las entrañas de la tierra, y si hacéis las oportunas rectificaciones encontraréis la piedra escondida, verdadera medicina." Basilio Valentín usó esta frase para identificar la sal secreta, disolvente universal del magisterio, llamado *vitriolo*. Si se observa, las iniciales de la frase son V.I.T.R.I.O.L.V.M., que hacía referencia a este elemento. Vitriolo se le llamaba a ciertos sulfatos, cuyos cristales se asemejaban al vidrio, de ahí su nombre. De estas sales se obtenía el aceite de vitriolo o licor de vitriolo, conocido en la actualidad como ácido sulfúrico.
- 18 Adepto se le llamaba a aquella persona que era calificada como aprendiz de alquimista. Se le suele conferir también este calificativo al alquimista que ha encontrado la Piedra Filosofal.
- 19 La alquimia relaciona los elementos de su magisterio con respecto a los planetas Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter junto con el Sol y la Luna.
- 20 La alquimia era, además, un arte reservado para ciertos círculos, ya que no todas las personas tenían la capacidad de comprender los textos alquímicos ni los tratados del magisterio.
- 21 Prometeo era hijo de Jápeto y la oceánide Asia, Titán amigo de los mortales y honrado por ellos al ser el benefactor del fuego, artificio robado a Hefesto y presentado a los hombres para que éstos pudieran sobrevivir. Prometeo es también el creador del sacrificio e impulsor de la ciencia médica.
- 22 Por lo general, este tipo de alimentación era la básica para el grupo perteneciente a la nobleza, durante la Alta Edad Media.
- 23 *Oroborus* u *Orus Apollo* (del griego antiguo Ουροβόρος) es el nombre del dragón mítico de la alquimia, la serpiente que devora su cola, sobre la cual brillan el Sol y la Luna de los Filósofos. Símbolo de la Gran Obra, representa el carácter cíclico, en el sentido de que las cosas constantemente se recrean, es decir, que vuelven a nacer

- en el momento en que fallecen. *Oroborus* y el *Ave Fénix* son la iconografía clásica de este fenómeno.
- 24 En latín significa “El tiempo pasa irreversiblemente.”
- 25 La Peste Negra o Muerte Negra se extendió en Europa desde el siglo XIV, a través de las rutas de comercio. Los años 1348 y 1350 fueron los más catastróficos y en donde la peste se encrudeció. Está documentado que en la ciudad de Florencia, más del 90% de la población sucumbió ante esta enfermedad. Ya para 1351, un tercio de la población europea había desaparecido, siendo las áreas más pobladas las que más registraron muertes debido a la peste.
- 26 A esto se refiere con los meses primaverales de marzo, abril y mayo, representados por lo general con los símbolos zodiacales de Aries y Tauro.
- 27 Influjo celestial.
- 28 Idem, pp. 263-268.
- 29 Aldebarán, también llamada *Alpha Tauri* es la estrella más brillante de la constelación de Tauro. Su nombre proviene del árabe *al-dabarān*, cuyo significado es “la que sigue” y se refiere a que la estrella “sigue” al cúmulo de las Pléyades en su recorrido nocturno a través del cielo. Tauro, es también una de las constelaciones más importantes de la alquimia.
- 30 En abril estalló en París la llamada “revolución cabochienne”. Estaba integrada básicamente por los carniceros de la ciudad y otros sectores populares, descontentos por su exclusión de las filas de la alta burguesía. Su líder era un carnicero que se bautizaba jocosamente como “Caboche”, término que quiere decir cabezota. Hay que tener en cuenta, no obstante, que este motín tenía una estrecha conexión con el gran problema político del momento, el enfrentamiento entre los Armagnacs y los Borgoñones. Los “cabochiennes”, que estaban al servicio del duque de Borgoña, Juan sin Miedo, lograron la aprobación de una importante ordenanza (denominada precisamente “cabochienne”), pero cometieron numerosos excesos. No obstante, la toma de París por los Armagnacs en agosto de 1413 fue el fin para la sedición “cabochienne”.
- 31 Uno de los ríos infernales. Sus aguas son rojas como la sangre y calientes como el fuego.
- 32 En inglés significa “crepúsculo”.
- 33 El homúnculo o *humunculus* es un ser alquímico, creado artificialmente gracias a la transmutación del semen con la sangre humana. Generalmente en los tratados de alquimia, como el de Paracelso, describen a este ser como un humano de pequeña talla. El homúnculo representa la corrupción del magisterio y del fin máximo de la Piedra Filosofal. Para efectos de esta historia, el homúnculo es creado a partir de la acción directa de la Piedra Filosofal sobre un ser lleno de odio y maldad.
- 34 El primero de los ríos infernales. Las almas de los muertos deben pagar al barquero, Caronte, para que éste las conduzca al infierno.

APÉNDICE

Imagen 1
Portada del libro de alquimia de Basilio Valentín

A Z O T H,
OV LE MOYEN DE FAIRE
l'Or caché des Philosophes.

De Frere Basile Valentin.

Recueu, corrigé& augmenté par Mr. L'agneau Medecin.



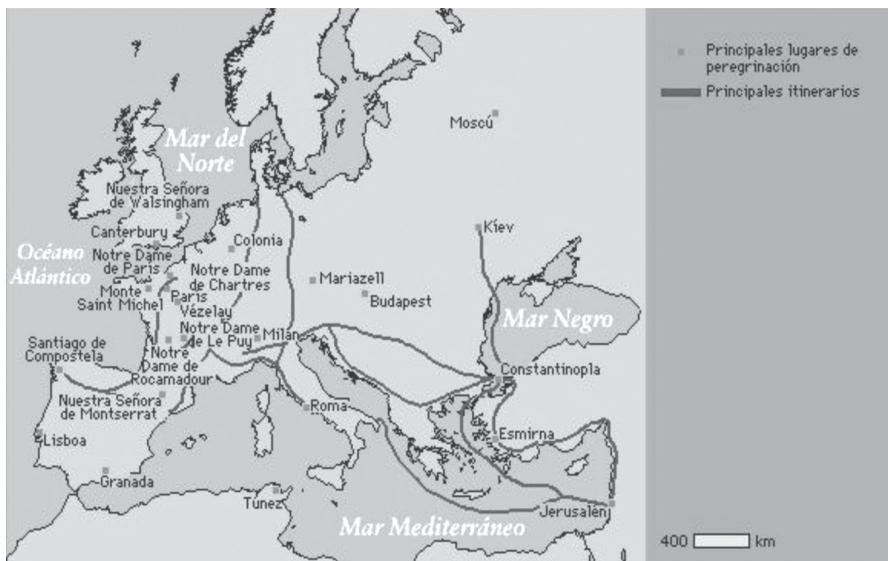
A PARIS,
Chez PIERRE MOET, Libraire Juré, proche le
Pont S. Michel à l'Image S. Alexis.

Imagen 2
Representación de Oroborus (Grabado de 1543)



Fuente: Sadoul, p. 132.

Imagen 3
Rutas de peregrinación durante la Alta Edad Media



Fuente: Microsoft Encarta 2003. Microsoft Corporation.

